

## ÍNDICE

Preámbulo .....	11
Introducción.....	13
I. El triste final de Bill Aalto (o el chico que se fue del Bronx).....	21
II. El niño que se llamaba Bob Doyle (o la odisea empieza en Dublín).....	65
III. Las vidas de Salaria Kea (o la enfermera de Harlem) .....	113
IV. El camino que iniciaste, Alvah Bessie (o el irónico escritor de Brooklyn).....	143
V. La memoria de Juan Miguel de Mora (o el mexicano que dejó de ser niño).....	199
Y después.....	225
Fuentes consultadas.....	231

## PREÁMBULO

Amigo Jordi:

Me pides un preámbulo para tu libro sobre brigadistas. Mi primer impulso fue disculparme y no hacerlo, por estar concentrado en documentar la sangrienta represión que sufrimos hoy en México y que (con el visto bueno de papá Washington) ha matado, solo en los últimos años, a cientos de campesinos y maestros y a decenas de periodistas de provincia en todo el país, amén de 49 estudiantes asesinados en una sola noche, de los que 43 cadáveres están desaparecidos.

Entonces recordé que, en esencia, en todo el mundo es la misma lucha, con distintas peculiaridades. Así pues, ahí te van unas letras sobre aquella guerra cuya historia (por primera vez en la historia de las guerras) no la escribieron los vencedores. Yo fui a los catorce años, pero no voy a repetir lo que ya sabes.

Desde que llegué a España y me negaron entrar a las Brigadas por mi edad, estuve trabajando por la República hasta que, en 1938, conseguí estar en la XV Brigada Internacional y participar en la segunda fase de la batalla del Ebro, la contraofensiva de moros mercenarios, nazis de la Legión Cóndor —en aviones de bombardeo y en cazas de vuelos rasantes y algún alemán observador de a pie—, la Legión Extranjera (el Tercio) y nazis españoles, aunque de esos muy pocos.

Yo pienso que valió la pena.

Jamás me he arrepentido de haber ido a España, donde se inició la Segunda Guerra Mundial, lo que por vergüenza ocultaron los gobernantes ingleses, franceses y estadounidenses (y lo siguen ocultando los gobernantes actuales por la vergüenza retroactiva que

cada uno de ellos siente por su país), todos apoyando a Hitler (a través de Franco) porque los generales prusianos le dijeron que no se puede hacer una guerra en Europa sin dominar el Mediterráneo.

¡Pobres idiotas como Chamberlain y Daladier, que creyeron manipular a Hitler para que luchase contra Stalin y fue Hitler el que los manipuló a ellos!

La lucha en España es el momento de mi vida del que estoy más orgulloso porque, durante él, fui uno de los pocos del mundo con la visión suficiente para ver lo que era el nazismo. Y de esa visión sacamos el valor para enfrentarlo.

No existe, documentado, ningún hecho histórico sobre el que se hayan inventado, escrito y dicho tantas mentiras y calumnias como las que se divulgaron por todo el mundo en contra de la República española desde 1936 hasta mucho después de su asesinato, en 1939, y algunas casi hasta hoy.

Te envió un saludo cordial y un fuerte abrazo.

Juan Miguel DE MORA

Santo Tomás Ajusco, México, 10 de agosto de 2016

## INTRODUCCIÓN

Si el barco en el que viajas recibe el impacto de un torpedo y se hunde en las profundidades, y tú eres un superviviente que ahora saca la cabeza al exterior, expulsa medio mar Mediterráneo, traga aire frío y mueve brazos y piernas en el agua gélida para no ahogarse, podemos concluir, aunque pueda parecer una ironía, que eres un afortunado.

Aun así, también podemos convenir que tus posibilidades de salir con vida de esa experiencia tan afortunada no son muy altas.

No sabemos si eso se le ocurrió a Bill van Felix cuando su cabeza emergió de bajo el agua. Al abrir los ojos encontró el cielo vacío. Al mirar atrás, el casco de una nave que desaparecía bajo las olas. Y más allá, nada.

Cualquier cálculo de probabilidades otorgaría a ese chico el título de campeón absoluto de los afortunados. No hace mucho iba a bordo de un barco procedente de Marsella con destino a Valencia. Hasta que un submarino italiano ha decidido poner fin a su sueño de ayudar a la República. Bill van Felix se ha librado de saltar por los aires en la explosión, de darse un golpe mortal en el momento del impacto y de sufrir un ataque al corazón bien merecido. Si fuera un gato, habría gastado ya tres vidas en un solo día. Pero desde ese momento, en el que el superviviente aletea en el agua, el recuento de probabilidades empieza de nuevo, frío y matemático, sin apreciar los méritos acumulados. Y el aspirante sale perdedor en todas las apuestas.

Ahora mismo Bill van Felix no debe de estar pensando en las posibilidades que tiene de salir vivo de esta y de poder contárselo a una chica. Porque en vez de acogerse al abrazo del mar y acabar con

eso de prisa, o de bracear preso del pánico hasta vaciar sus fuerzas, empieza a nadar en dirección a la costa, aunque la costa no es mucho más que un perfil que baila entre las olas. Bill van Felix tiene veintiún años y viene de Brooklyn, y por motivos o cálculos que no llegamos a comprender nada, nada para deshacer los quilómetros de agua que le separan de tierra firme.

A veces la perseverancia tiene premio, y hoy llega en forma de una barca de pescadores. Los pescadores ven al hombre que nada, el hombre que nada ve la barca que se acerca, y los brazos se le aflojan. Poco después, unas manos robustas lo aferran y lo sacan del agua. Milagro o fortuna, acaba de gastar la cuarta vida en un solo día.

Bill van Felix no fue el único que sobrevivió al hundimiento del *Ciudad de Barcelona*, torpedeado el 30 de mayo de 1937 cuando se encontraba a una milla y media de la costa. Tampoco fue el único al que se le ocurrió dejar casa, trabajo y familia y viajar miles de quilómetros para ir a poner los pies en una guerra.

Pocos meses antes, en otra costa, la de Hendaya, el viento trajo hasta la arena la voz de cañones lejanos. Los veraneantes dejaron las conversaciones y miraron hacia el sur. Sabían que a pocos quilómetros los seres humanos, en vez de bañarse, se mataban. Durante unos instantes, la playa enmudeció. Luego, poco a poco, primero con susurros y palabras cortas, las conversaciones empezaron a recomponerse, las parejas cerraron los ojos bajo el sol y los bañistas regresaron al agua. Solo un muchacho permaneció mudo. O tal vez deberíamos decir un niño, porque George Sossenko solo tenía dieciséis años. Era hijo de inmigrantes rusos, era estudiante y era libertario. Las olas se deshacían en la arena, el sol le quemaba la piel desnuda, los veraneantes jugaban en el agua. Y se preguntó, de repente, si todo aquello era cierto: no el sonido de los cañones, que el viento había traído para interrumpir el baño; sino el verano, la playa y las olas y todos los juegos en la arena.

En Bayona, en cambio, era oscuro aún cuando Théo Francos pisó por última vez las baldosas de piedra del puente Saint Esprit. Se subió en un tren y se sentó cerca de la ventana. Sus ojos buscaron el reloj de la catedral. Lo miró mientras se alejaba, y escrutaba su esfera, sus números romanos, sus agujas, y trataba de no parpadear

para no perderse ni un instante de esa imagen, como si quisiera retenerla para siempre. Había visto la catedral y el reloj cada día durante veintidós años. Pero solo ahora se daba cuenta de que de alguna forma pertenecía a ellos, ahora que quizá los veía por última vez. Era ahora, cuando ya se le deslizaban entre los dedos, cuando se daba cuenta de las cosas que amaba.

Más al norte, Harald, Kaj y Age Nielsen, tres hermanos de un barrio pobre de Copenhague, se cargaron una mochila a la espalda y agarraron unas bicicletas. Habían abrazado a sus padres, se habían despedido de la fábrica y ya pedaleaban hacia el oeste, convencidos de que algún día sus piernas y esas bicicletas les llevarían hasta los pies del Pirineo.

Se podrían contar muchas historias como esas. Quizá miles, porque la Guerra Civil es fecunda en vidas exprimidas y hechos insólitos. La historia tiene la extraña cualidad de reservar algunos capítulos, muy pocos, en los que las razones y las pasiones confluyen en un momento efímero y en un minúsculo trozo de tierra. Y pocas veces las pasiones humanas fueron tan intensas como en 1936.

La Guerra Civil atrajo a hombres y mujeres de todo el mundo. Entre 1936 y 1938, miles de personas cruzaron la frontera franco-española para unirse a la lucha contra el fascismo; en algunos casos, desde latitudes lejanas y después de largas travesías.

En realidad, los primeros voluntarios internacionales ya estaban en Barcelona cuando estalló la guerra: formaban parte de las delegaciones de atletas que habían llegado para competir en la Olimpiada Obrera, unos juegos olímpicos que se habían organizado como réplica a los Juegos de Berlín, que se celebrarían en la Alemania nazi.

A raíz del golpe de estado de julio de 1936, la Olimpiada se suspendió y el Gobierno catalán decidió repatriar a los atletas; algunos, sin embargo, prefirieron quedarse y sumarse a la lucha de los republicanos.

En las siguientes semanas, más voluntarios cruzaron la frontera para ofrecerse a la República. Algunos, por iniciativa individual y asumiendo el viaje por cuenta propia; otros, en grupos organizados por partidos o sindicatos. En septiembre, sin embargo, esa iniciativa tomó una nueva dimensión: la dirección de la Internacional Comunis-

ta, que reunía a los partidos de todo el mundo que actuaban bajo la influencia de la Unión Soviética, acordó crear una fuerza internacional de obreros con el objetivo de ayudar a la República. Es por eso que, en adelante, el nacimiento oficial de las Brigadas Internacionales se atribuiría a Moscú. No obstante, la decisión de crear ese ejército de voluntarios no hacía más que reconocer un fenómeno que ya se estaba produciendo de forma espontánea: la afluencia creciente de personas de todas partes hacia la Península.

Los planes de Moscú quedaron cortos: habían concebido una única brigada de cinco mil voluntarios, que debían ser reclutados entre los militantes más comprometidos de cada país. Pero el entusiasmo por participar en la guerra contra Franco superó todas las previsiones: entre 1936 y 1938, alrededor de cuarenta mil personas de más de cincuenta países cruzaron la frontera con ese objetivo. La mayoría procedían de Europa, sobre todo de Francia, pero los había de todos los continentes; en los frentes y en los hospitales de la Península se veía a gente tan diversa como alemanes, italianos, europeos del este, norteamericanos, cubanos y argentinos; incluso a personas de geografías y culturas tan lejanas como chinos y filipinos.

Muchos eran de ideología comunista, pero no todos: había también anarquistas, socialistas, liberales y personas sin más convicción que la ética democrática o antifascista. Y esa era la razón de ser de las Brigadas Internacionales: un grupo de hombres y mujeres que se definían por la convicción de que había que detener el fascismo antes de que fuese demasiado tarde, con independencia de la sensibilidad política que albergara cada uno.

No eran mercenarios ni soldados experimentados. La mayoría, de hecho, no conocía el tacto de un arma de fuego y apenas era capaz de desfilar como es debido. Eran estibadores de los muelles y obreros del metal, médicos y enfermeras, escritores y estudiantes. Sin embargo, en el Jarama, en Teruel y en el Ebro se convirtieron en cirujanos y enfermeras de guerra, en conductores de ambulancias y en soldados.

En otoño de 1938 el Gobierno de la República decidió retirarlos del frente y mandarlos a casa. Los últimos brigadistas desfilaron por las calles de Barcelona y los barceloneses les abrazaron como solo se abraza a un amante, y en su adiós se respiraba el naufragio.

Algunos pudieron regresar a los países de donde procedían, donde serían perseguidos y castigados por haber ayudado a la República. Otros no pudieron irse, porque en sus países gobernaba el fascismo; permanecieron en Cataluña hasta los últimos días, y cuando las columnas de refugiados huían hacia Francia, en un éxodo nunca visto, algunos volvieron a tomar las armas para proteger la retirada y terminar, como tantos catalanes y españoles, en los campos de concentración y de exterminio.

Y ante eso, es natural que nos hagamos una pregunta: ¿qué puede llevar a un hombre o a una mujer a dejar cuanto conoce, incluso la paz, para cruzar una frontera y adentrarse en una guerra, un fenómeno nefasto ante el cual lo primero que haríamos la mayoría de nosotros sería huir en vez de ir?

Una tarde de octubre de 2008 me planté en Sitges, Barcelona, para entrevistar a uno de los últimos supervivientes de aquella epopeya. Era Juan Miguel de Mora, mexicano. Lo había visto hacía pocos meses en un congreso sobre la batalla del Ebro, y su parlamento cayó como una descarga emocional sobre el auditorio. Cuando en octubre supe que Juan Miguel de Mora volvía a estar en Cataluña para tomar parte en un homenaje a las Brigadas Internacionales, no dejé escapar la oportunidad de entrevistarle. Era mi hombre.

Armado con una grabadora, libreta, bolígrafo y uno de sus libros, le esperé en el vestíbulo del hotel, intentando disimular los nervios delante de la recepcionista. Tardó diez minutos eternos en bajar, pero finalmente apareció en el vestíbulo acompañado de su mujer, Ludwika. Les había aguantado la siesta.

Empezamos la entrevista, y cuando hacía ya media hora que conversábamos, Juan Miguel de Mora calló y se quedó mirando, extasiado, por encima de mi hombro, en dirección al paseo de Sitges.

—Mira, Ludwika, qué velero tan lindo —dijo con una sonrisa.

Me di la vuelta. En el horizonte se veía una vela blanca, muy lejos. Permanecimos un rato en silencio, mirando la vela diminuta.

—Para alguien que es de tierra adentro, que vive en medio de México, ver un velero en el mar es un placer que no se puede describir —dijo. Pensé que les estaba arruinando la tarde.



Pero lo que había empezado como una entrevista se fue convirtiendo, poco a poco, en un diálogo a tres partes y en una tarde memorable. Y le hice la última pregunta. Le pedí qué echaba en falta en la historiografía de las Brigadas Internacionales; qué echaba de menos, él que había sido protagonista, en los miles de páginas que se habían escrito sobre los brigadistas. Permaneció unos instantes sin decir nada, mirando hacia abajo, como si buscara las palabras justas.

—Ternura —dijo finalmente.

A menudo en la historiografía se ha olvidado que eran hombres y mujeres con amor. De eso no suele hablarse, porque se nos podría acusar de ser cursis o, cuanto menos, de no ser científicos. Es cierto que los sentimientos humanos no son medibles científicamente. Y a menudo los historiadores, en el afán por hacer obras que tengan validez científica, corremos el riesgo de pasar por alto las variables intangibles y fundamentamos los estudios solamente en elementos empíricos. Y poco a poco, sin quererlo, podemos convertir a seres humanos en estatuas de hierro. Dignas y épicas, sí, pero estatuas de hierro al fin y al cabo.

Este no es un libro de historia, o no lo es en el sentido más académico. Es, más bien, un libro de historias, en plural. De historias personales. O de memorias. De memorias interpretadas por alguien que nació mucho tiempo después de los hechos que narra, dos generaciones más tarde para ser exactos, y que aun así también tiene una memoria de aquellos días. Diferente, a la fuerza, de la de aquellos que los vivieron.

Son las historias de Bill Aalto, Bob Doyle, Salaria Kea, Alvah Bessie y Juan Miguel de Mora. Podrían parecer fruto de la imaginación, pero son ciertas. La Guerra Civil no es ni el inicio ni el final de esas historias. La razón es simple: la persona que eran antes de 1936 les ayuda a tomar la decisión de viajar a un país y a una guerra lejanos y, a su vez, ese viaje ha de sacudir su vida posterior.

No sé si en estas páginas hay suficiente ternura. En todo caso, en cada capítulo hay aquello que llamamos factor humano: personas que, en medio de unas circunstancias excepcionales, pueden sentir miedo, añoranza, amor y cualquiera de las emociones que nos hacen reconocibles y humanos.

Algunos calificaron la guerra de 1936-1939 como la última guerra romántica, y Albert Camus, como la última guerra en la que valió la pena luchar. Leyendo los relatos autobiográficos de aquellos que fueron protagonistas desde el bando republicano, uno llega a la extraña sensación de que, a pesar de la derrota militar, se triunfó. No pensarían lo mismo, si pudieran, los cientos de miles de personas que murieron en los campos de concentración y en las prisiones franquistas, en los batallones de trabajos forzados o delante de los pelotones de ejecución. Pero lo que quiero decir es que, a pesar del genocidio, la condición humana pervivió en los vencidos, en aquellos que se resistieron a la derrota y nunca se sintieron derrotados. Como la diminuta flor que se levanta, casi imperceptible, clandestina, bajo la espada rota del *Guernica*.

Una última cosa: del frente de Teruel hay una foto cautivadora. Creo que ayuda a explicar muchas cosas. Diría que es la foto que más me conmueve de la Guerra Civil. Más que las instantáneas épicas de Agustí Centelles, Robert Capa y Gerda Taro. En la imagen no aparecen fusiles ni trincheras ni nubes de polvo. No recoge, de hecho, ningún pasaje bélico, pero resume mejor que ninguna otra el triunfo de la condición humana en esa guerra.

En ella se ve a seis chicos, seis brigadistas. La ciudad de Teruel vuelve a ser republicana después de una lucha atroz que se ha saldado con miles de muertos y heridos; los soldados han combatido bajo condiciones climáticas extremas, de frío polar, y a cientos de hombres han tenido que amputarles dedos de los pies y de las manos como consecuencia de las congelaciones.

Nuestros seis protagonistas han descubierto una sombrerería abandonada en algún rincón de la ciudad, y han salido de la tienda con la cabeza adornada con sombreros de copa y de ala ancha. Dos de ellos lucen también bastones y guantes de piel exclusivos de señoritos burgueses. Llevan barbas de tres días, abrigos andrajosos y pantalones sucios, pero aun así ensayan su ademán más elegante y refinado, casi burlesco. Miran a la cámara con aire socarrón y el fotógrafo les hace inmortales. Las seis sonrisas son la mejor de las victorias.

## EL TRISTE FINAL DE BILL AALTO (O EL CHICO QUE SE FUE DEL BRONX)

Cuenta una leyenda de los años treinta que si una persona es capaz de soportar las condiciones de vida más abruptas, de sobrevivir a los umbrales más agudos del frío, el hambre y la fatiga, donde la mayoría de seres humanos sucumbirían, es seguro que esa persona es finlandesa. Dejando a un lado los fundamentos científicos o imaginarios de esa teoría, lo cierto es que el aspecto de Bill Aalto se le ajusta como si el inventor del mito le hubiera tomado como fuente de inspiración. Es un joven del Bronx de Nueva York, en las calles de ese barrio ha crecido; pero es hijo de una finlandesa, y la huella de sus antepasados hace honor a la leyenda.

Su madre abandonó Finlandia huyendo de la persecución del Gobierno contra los activistas de izquierda. La cacería se saldó con veinte mil muertos, pero cuando el país se tiñó de rojo ella ya no estaba; se había hecho a la mar, había cruzado el Atlántico y había desembarcado en Nueva York, donde inició una nueva vida y dio a luz a su hijo.

Siendo aún un adolescente, Bill Aalto se entrenaba en las instalaciones deportivas de los grupos obreros. Pronto se convirtió en un nadador hábil y en un joven superdotado para el deporte. Al mismo tiempo, empezó a participar en las luchas sindicales de la ciudad e, influenciado quizá por su madre, se hizo miembro de las juventudes comunistas. Y mientras se convertía en un atleta y en un activista, descubría la más intensa de sus pasiones, la literatura. Aprobó la educación secundaria, y comenzó a escribir con asiduidad. Soñaba ser poeta. Cuando estalló la Guerra Civil Española, en verano de 1936, Bill Aalto tenía edad para estar en la universidad. Pero la escasez de ingresos en casa debió de cortarles el paso a los

estudios superiores, y en vez de sentarse en un aula trabajaba como camionero en el Bronx.

Ahora, con veintiún años, Bill Aalto pisa Figueres, al norte de Cataluña, la primera ciudad donde se alojan los voluntarios que llegan de todas partes del mundo para combatir el fascismo. Tiene una altura imponente y todo el aspecto de un atleta olímpico. Tiene el cabello oscuro y desordenado y un rostro esculpido en piedra noble. Alguien dirá, al cabo de muchos años, que parece que acabe de salir de en medio de una pelea, y tal vez sea cierto. Ha cruzado el Pirineo de noche, a pie, junto con otros voluntarios que vienen a auxiliar a la República. Es febrero de 1937 y luchar contra Franco es ya un delito castigado por la legislación internacional.

Hacia años ya que los ciudadanos de Estados Unidos observaban de reojo lo que sucedía en Europa, donde el fascismo se extendía como una mancha de aceite oscuro. En la República española el Gobierno del Frente Popular, formado por las izquierdas, había desafiado el peligro y había querido gestar una sociedad con un horizonte de justicia social. Y, por un instante, los ojos de medio mundo habían mirado con anhelo hacia ese rincón de Europa. Hasta que un golpe de estado lo había truncado todo. Los miles de voluntarios que ahora cruzan la frontera han sentido el golpe de estado contra la República como una agresión contra sus propias esperanzas. Vienen a combatir el fascismo, convencidos de que aún están a tiempo de detenerlo y de que, si no lo frenan hoy en la península Ibérica, será mañana toda Europa, o el mundo entero, quien se verá abocado a la guerra.

Quizá por la leyenda que circula sobre los finlandeses, quizá por sus condiciones atléticas, Bill Aalto recibe una propuesta temeraria pocos días después de llegar a la Península. Le sugieren que abandone el grupo de voluntarios norteamericanos, que se olvide de la guerra convencional, y que se una a un grupo de hombres muy especial: los guerrilleros de la República. Un pequeño grupo de intrépidos que llevarán a cabo misiones de alto riesgo en territorio enemigo. Le proponen convertirse en guerrillero, y Bill Aalto, que ha cruzado el océano para combatir el fascismo como sea, sonríe.

Título original en catalán:  
*Tocats pel vent*, publicado por Pagès editors, 2014

© del texto: Jordi Martí Rueda, 2016  
© de la traducción: Jordi Martí Rueda, 2016  
© de las imágenes: sus autores y archivos correspondientes, 2016  
© del prólogo: Juan Miguel de Mora, 2016  
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S L, 2017  
Sant Salvador, 8 — 25005 Lleida (España)  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com

Primera edición: febrero de 2017

DL L 41-2017

ISBN: 978-84-9743-760-8

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L

www.bobala.cat

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.